

ANECDOTAS CON DON PEDRO

No podía, este columnista, dejar de referirse al gran amigo que pasó a la Eternidad. En este artículo no asomará la tristeza, don Pedro podría enojarse, porque el Curita Vega era alegre.

Con la licencia y el debido respeto que me otorga esa amistad brindada mutuamente, enfocaré mis reflexiones en ciertos hechos anecdóticos que me ocurrieron con el religioso que encontró en Dios una razón para vivir y que tomó su existencia como un simple tránsito que de cualquier manera, decía él, hay que caminarlo con optimismo.

Allá por los años cincuenta, don Pedro proyectaba películas que él mismo filmaba, lo hacía en el Cine Centenario cobrando un pequeño valor por la entrada. Una tarde llegó hasta el foyer con sus implementos y necesitó ayuda. Nerviosamente miró hacia todos lados y me vio. Rápidamente puso una caja de lata en mis manos al tiempo que me decía: "¡Ayúdame cabrito, llévame la película y la verás gratis, ayúdame que yo te ayudaré!". Años después, cuando en el mundo de la literatura y el periodismo nos hicimos amigos, le narré esa circunstancia. No me creyó. "Sois un mentiroso, queréis caer en gracia conmigo para que yo te ayude a ganar el Cielo". Y de ahí nadie lo sacó. Siempre que nos veíamos le insistía con la anécdota. "¡Mira, me dijo un día, córtala con esa lesera, ese curita de la película no era este pobre clérigo; y no me atormentes más!".



Cuando publiqué "Cuentos al trasluz" le obsequié un ejemplar con dedicatoria. Me lo agradeció tanto o más que si se hubiese tratado de una atención hecha por un literato galardonado con el Nobel. En la tertulia que nos encontrábamos no dejó de alabarme. A los cinco días, en su columna "De hombre a hombre", me despedazó, criticando de paso mis artículos dominicales, las citas que yo hacía en ellos y para finalizar, escribió textualmente: "...Y el profesor de Coquimbo, aparte de intentar hacernos comulgar con ruedas de carretas en sus cuentos, se permite afirmar entre sus amistades que siendo un niño de once años tuvo en suerte cargar una caja de película que cierto fraile acostumbraba a proyectar. ¡Qué descaro!"

Personalmente tomé el asunto con mucho humor. Le seguí el juego ideando un personaje muy hablador al cual lo bauticé con el nombre de Filomeno y lo ubiqué en Tongoy. Don Pedro no acusó el golpe. Entonces, en vista que nada ocurría a pesar de mis "mensajes", pedí a nuestro común amigo Alfonso Gallardo, que gozaba con todo esto, a que encendiera la mecha. Así lo hizo, pero don Pedro, mudo. Una tarde nos topamos en la redacción de El Día. Me enfrentó de inmediato: "¡Y deja de mandarme recadillos que sólo van a hacerte ganar las llamas del infierno y yo que te quiero tanto no quisiera verte en tan siniestro lugar!". En un abrazo y en un fuerte apretón de manos terminó tamaña guerra.

Del chico que le ayudó con la caja de películas al hombre de hoy han pasado muchos años. Uno ha quedado, el más anciano partió. Un día nos encontraremos allá y volveremos a compartir aquella amistad que para mí fue muy valiosa.

GONZALO TAPIA DIAZ

Anécdotas con don Pedro [artículo] Gonzalo Tapia Díaz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Tapia, Gonzalo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Anécdotas con don Pedro [artículo] Gonzalo Tapia Díaz. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile